

El clamor de los que no tienen voz

Jill Stanek trabajó un año en el Christ Hospital de Illinois como enfermera en la sección de partos. «Cuando me enteré de que íbamos a abortar un feto con síndrome de Down, en su segundo trimestre de gestación, me sentí indignada. Me dolió mucho que se cometieran abortos en un lugar que llevaba el nombre de mi Señor y Salvador Jesucristo, y que se practicara el aborto inducido: provocación de un nacimiento prematuro para que el bebé no pueda sobrevivir. En aquel hospital uno de estos infantes sobrevivió por lo menos un turno de ocho horas. Una noche, una de mis compañeras llevó un niño con síndrome de Down, abortado vivo, con 21 semanas, a la Sala de consuelo. No pude soportar la idea de que esta víctima muriera sola, de modo que la arrullé durante los 45 minutos que sobrevivió. Después de sufrir aquello, el peso se hizo insostenible. O abandonaba el hospital para ir a trabajar a un centro que no practicara abortos, o intentaba cambiar las prácticas abortivas del hospital. Rendirme en ese momento habría supuesto irresponsabilidad y desobediencia a Dios.¹

Jill tomó una decisión valiente. Se levantó contra la política del hospital. Después de una batalla legal de dos años y medio, fue despedida. ¿Qué crimen había cometido? Declarar la verdad ante el poder y defender el derecho a la vida de los más indefensos. ¿Haremos nosotros otro tanto? Proverbios 31:8-9 exhorta: «¡Levanta la voz por los que no tienen voz! ¡Defiende los derechos de los desposeídos! ¡Levanta la voz, y hazles justicia! ¡Defiende a los pobres y necesitados!».

El aborto y el cristianismo

El cristianismo ha adoptado una postura contraria al aborto a lo largo de la historia. En una serie de excelentes y bien elaborados artículos sobre el aborto, publicados en Protestante Digital, Wenceslao Calvo demuestra que es falso asegurar que no ha habido ninguna base bíblica e histórica que

permitiera construir una teología definida sobre el no nacido. Por tanto, el movimiento en pro del aborto no ha surgido como consecuencia de la concepción relativista moderna ni de los vientos de opinión que soplan en las sociedades hedonistas. Ya se practicaba en las decadentes sociedades paganas. Lo que pasa es que en los tiempos que corren, sociedades egoístas y anticristianas quieren volver a las andadas: imponer las costumbres corruptas del paganismo antiguo —que fueron causa de su destrucción—, dismantelar la ley natural y la ley divina y extirpar todos los valores cristianos. El cristianismo ha afirmado siempre desde sus albores que el aborto es moralmente condenable. El aborto siempre fue y seguirá siendo una costumbre pagana, aunque hoy se pretenda justificar alegando que el individuo —en este caso, los supuestos derechos de la mujer—, es dueño y



señor absoluto de su cuerpo, que no tiene que dar cuentas a nadie, que tiene derecho a buscar la felicidad y a defender su plena autonomía, totalmente contraria al orden establecido por Dios, en pos del placer, sin límites ni restricciones. Pero, dada la promoción irresponsable de la promiscuidad sexual o el fomento descarado de la fornicación y el adulterio, y dado que el sexo puede tener consecuencias no deseadas, las cuales hay que evitar a toda costa, algunos Estados enarbolan tan siniestra bandera y niegan el principio cristiano de la defensa de los más débiles; se erigen en suplantadores de la ley natural, para su desgracia, que sin duda les alcanzará.

El cruel exterminio de los no nacidos

Se estima que en 2003 se produjeron en todo el mundo 205 millones de embarazos, de los cuales, la quinta parte fueron voluntariamente interrumpidos. En Europa del Este se da una alta incidencia de abortos y una baja tasa de fertilidad: 105 interrupciones por cada 100 nacimientos.² En algunos países occidentales, la píldora del día después se ha convertido en el método abortivo cotidiano y en el anticonceptivo preferido de cientos de miles jóvenes.

Secuelas del aborto

El aborto marchita el alma de la mujer. Deja huellas que duran mucho tiempo o quizás toda la vida. Deja un rastro de ensimismamiento, culpabilidad, vergüenza, pesadumbre, ira, resentimiento, baja autoestima, malos recuerdos, pesadillas, odio

a los hombres, desajuste sexual, adicción a las drogas y al alcohol, depresión y tasas de suicidio nueve veces superior a lo normal. Muchas mujeres se vuelven frías e insensibles para con los niños y muchas quedan estériles. También afecta al resto de la sociedad y atrae el juicio de Dios. Cuando el aborto se legaliza, se convierte en un pecado nacional. El derramamiento de sangre inocente acarrea maldición. Por tanto, las sociedades que promueven el aborto sufren sus consecuencias. Es tiempo de involucrarnos como cristianos para defender a los que no tienen voz. Si callamos nos hacemos corresponsables del holocausto.

ORE:

- para que las mujeres embarazadas que piensan abortar sean valientes y decidan no hacerlo o dar a sus hijos en adopción
- para que las sociedades se arrepientan de este grave pecado y los países cancelen leyes injustas
- para que las madres que se plantean abortar reciban ayudas adecuadas y desechen el crimen del aborto
- para que la iglesia levante una voz firme en defensa de los débiles

